



Más allá de la epidermis

El Poder Negro estadounidense en el horizonte antiimperialista de las izquierdas conosureñas

Lucas Duarte*

Introducción

"Al unirnos contra nuestro enemigo común (el capitalismo y el imperialismo estadounidense y sus lacayos) nosotros, los pueblos oprimidos de todos los colores, somos un universo en nosotros mismos, un microcosmos en el que las vastas sombras de todo el universo son abarcadas a través de nuestra unidad"

Ronald Musaa, "Love for the people".

Durante la segunda mitad del siglo XX, en casi todos los países del mundo capitalista emergieron individuos, movimientos y organizaciones dispuestas a llevar adelante proyectos revolucionarios de transformación de la sociedad. Informados por un sentido enérgico de solidaridad, asimilaron de manera heterogénea a sus prácticas y visiones de mundo acontecimientos como las luchas de liberación en África y Asia, la Revolución cubana, la Guerra de Vietnam, y buscaron orientar su activismo hacia horizontes que traspasaban notablemente las fronteras del Estado nación.¹ Esta perspectiva de cuestionamiento global de la realidad jugó un papel decisivo en el interés sostenido por los actores rebeldes del período por comprender las características de los conflictos estallados en diferentes regiones del planeta. Aunque los orígenes, las estructuras y las trayectorias de cada una de esas experiencias se hayan compuesto en los marcos de realidades locales muy diversas, sus protagonistas estuvieron, en muchos casos, imbuidos de un cosmopolitismo

radical conformado "desde abajo" y estructurado alrededor del ideario antiimperialista y la solidaridad anticolonial que buscaremos indagar en este texto.²

En este trabajo analizaremos los modos en que publicaciones asociadas al universo de las nuevas izquierdas del Cono Sur abordaron las formas de articulación y movilización política promovidas por el activismo antirracista en los Estados Unidos durante los años 1960.³ Nuestro objetivo es poner en evidencia un aspecto generalmente poco atendido por la historiografía local en sus análisis sobre la mundialización de la rebeldía durante la época de los 1960/1970: en un sentido que trataremos de indagar, sujetos individuales y colectivos actuantes en el período operaron una confluencia discursiva y programática entre acontecimientos como el Cordobazo en Argentina, las protestas antirracistas en Norteamérica y las batallas en Vietnam, localizándolos como parte del mismo proceso histórico en el que construyeron y buscaron legitimar su intervención.

El multifacético movimiento designado a partir de mediados de los años 1960 como *Black Power* estuvo asociado desde sus orígenes al desarrollo de una serie de levantamientos barriales en los suburbios estadounidenses,

* Universidad Nacional del Comahue. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9570-7153>

1 Cfr. Tamara Chaplin y Jadwiga Pieper Mooney (eds.), *The Global 1960s: convention, contest and counterculture*, Londres, Routledge, 2018. Tanya Harner y Alberto Martín Álvarez, *Toward a Global History of Latin America's Revolutionary Left*, Gainesville, University of Florida Press, 2021.

2 Zeina Maasri, Cathy Bergin y Francesca Burke (eds.), *Transnational solidarity: Anticolonialism in the Global Sixties*, Manchester, University of Manchester, 2022.

3 Sin pretender ahondar en las más recientes discusiones acerca de la utilización del concepto de "nueva izquierda" para el estudio de fenómenos sociales, políticos y culturales vivenciados entre las décadas de 1950 y 1970 a nivel global, adoptamos, a lo largo de este trabajo, una acepción contextual del mismo. En su versión más abarcadora, la definición nos permite designar una serie de sujetos históricos cuya intervención es indisoluble del espacio de cuestionamiento generado durante la Guerra Fría alrededor de proyectos como la liberación en el Tercer Mundo, la oposición al imperialismo y la difusión de formas alternativas de intervención política. Es posible encontrar reflexiones actualizadas sobre el asunto en Nicolás Dip, "La nueva izquierda en la historia reciente de América Latina: un diálogo entre Eric Zolov, Rafael Rojas, Elisa Servin, María Cristina Tortti y Aldo Marchesi", en *Escripita*, Vol. 2, n° 4, julio-diciembre de 2020, pp. 290-323.



que estimuló la conformación de organismos partidarios y de autodefensa y la celebración del orgullo cultural afroamericano por parte de grupos e individuos implicados en el enfrentamiento a "las instituciones y valores racistas de la sociedad" norteamericanas.⁴ En un libro publicado en 1966 y rápidamente traducido al castellano, Stokely Carmichael, uno de los voceros más destacados de aquella experiencia, la definía como "un llamamiento a la gente negra para que empiece a definir sus propias metas, a dirigir sus organizaciones y a apoyarlas".⁵ En este sentido, algunas de las ideas articuladas en torno al Poder Negro eran indisociables de la larga trayectoria de experiencias contestatarias de lucha por igualdad marcada, en la década anterior, por las actividades del Movimiento por los Derechos Civiles. Al mismo tiempo, su evolución representó un importante desafío a las formas de movilización no-violenta propaladas por estructuras como la *Southern Christian Leadership Conference* (SCLC), y fue decisiva en la renovación de los lenguajes y métodos de intervención adoptados por sectores del activismo antirracista norteamericano durante el período inmediatamente posterior.⁶

Para las camadas de jóvenes forjados al calor de estas transformaciones, la reivindicación por el incremento del acceso a estándares básicos de ciudadanía era insuficiente, cuando no inviable. El cuestionamiento a las variadas formas de opresión a las que estaban sometidas las poblaciones afroamericanas en los Estados Unidos condujo a algunos de esos sujetos a un progresivo acercamiento hacia ideales revolucionarios provenientes de las experiencias de liberación anticolonial en el llamado Tercer Mundo y a la elaboración de lazos con situaciones vivenciadas en diversas regiones del globo.⁷ Desde esta perspectiva, las pautas raciales que ocuparon el núcleo del movimiento se expandieron más allá de las fronteras nacionales, insertándose en el panorama de rebeldía mundializada que marcó los llamados sesenta globales.⁸

Como veremos a lo largo de este trabajo, el hecho fue celebrado por actores conosureños interesados en que "la cuestión de los negros americanos" se resolviera "de acuerdo a principios más universales y menos imperialistas que la pura integración de los Estados Unidos".⁹ Una mirada sobre las publicaciones de izquierda que circularon en el período sugiere que la atención hacia el desarrollo de los conflictos raciales en el país norteamericano fue, además de sostenida,

inmediata. En 1964, John William Cooke celebró la aparición de **La cuestión negra** por su capacidad de revelar la conexión entre las demandas antirracistas y "la lucha de nuestra clase obrera y la de todos los pueblos dependientes".¹⁰ Tres años más tarde, en una extensa nota publicada en **Punto Final**, Mónica Llaña Mena destacaba que, a partir de cambios radicales de conciencia, y yendo más allá del "accidente epidérmico que se llama color", el movimiento negro se encontraría identificado con "las naciones africanas y la lucha que llevan a cabo los pueblos subdesarrollados del mundo".¹¹ De esta manera, las ideas y prácticas políticas emergidas alrededor del movimiento se volvieron rápidamente objeto de interés por parte de sujetos que, desde una geografía muy diversa, se sentían implicados en un objetivo común.

La mayoría de los textos considerados a lo largo de nuestro trabajo aparecieron durante los años 1960 en periódicos y revistas asociadas a distintas corrientes de izquierda en el Cono Sur. A pesar de su carácter heterogéneo, dichas publicaciones asumieron, respecto al activismo antirracista estadounidense, un punto de vista convergente: una perspectiva que afirmaba la existencia de un enemigo común —el imperialismo norteamericano— que favorecía la articulación de objetivos políticos y la elaboración de aspiraciones compartidas con los sectores más radicalizados del movimiento negro de aquel país. En este sentido, por encima de sus variados contextos de producción y sus distintos horizontes de intervención, los análisis elaborados en estos vehículos de comunicación permiten vislumbrar algunas dimensiones ideológicas compartidas por diferentes proyectos intelectuales y militantes emergidos en la región durante la Guerra Fría. Asumidas como un espacio de interacción y acercamiento hacia acontecimientos y organizaciones consideradas afines, estas publicaciones funcionaron como verdadero motor de la mundialización de pautas contestatarias durante los años 1960 y ayudaron a promover una notable ampliación de los horizontes de intervención de los actores del período.

Los tres apartados que componen el presente artículo procuran dar cuenta de aspectos específicos de este fenómeno. En su primera parte, indagamos la manera bajo la cual, desde el Cono Sur, fueron aprehendidas las transformaciones experimentadas por el activismo antirracista estadounidense durante los años 1960. Nuestra hipótesis sugiere que, para determinados sectores de la izquierda conosureña, el horizonte de radicalización del movimiento negro en Estados Unidos operó como una fuente de "enseñanzas", especialmente en lo que se refiere al enfrentamiento a la represión y frente a diversas modalidades de opresión estructural entonces existentes.

4 Stokely Carmichael, **Poder Negro**, México, Siglo XXI, 1967, p. 50.

5 *Ibidem*.

6 Peniel E. Joseph (ed.), **The Black Power Movement: Rethinking the Civil Rights-Black Power Era**, Nueva York, Routledge, 2006.

7 Sean L. Malloy, **Out of Oakland: Black Panther Party Internationalism during the Cold War**, Ithaca, Cornell University Press, 2017.

8 Nico Slate (ed.), **Black Power beyond borders: the global dimensions of the Black Power Movement**, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2012.

9 Juan Rivano, "James Baldwin y el Problema Negro", en **Punto Final**, n° 38, septiembre de 1967, p. 13.

10 John William Cooke, "Prólogo", en Horacio Lagar, **La cuestión negra: introducción al estudio del problema racial en Estados Unidos**, Montevideo, Estrategia, 1964, p. 9.

11 Mónica Llaña Mena, "La joven generación negra de los EE.UU.", en **Punto Final**, n° 44, diciembre de 1967, p. 21.



A continuación, analizaremos cómo esta perspectiva se vinculó a problemáticas discutidas localmente acerca de la insuficiencia de alternativas políticas institucionales y frente a la necesidad de fortalecer proyectos revolucionarios de transformación social.

Para terminar, intentamos recomponer algunos elementos de la perspectiva que volvió posible la inclusión del *Black Power* en el horizonte antiimperialista que orientó la intervención política de los actores analizados. Nos interesa subrayar que, además de la solidaridad y del sentido de aprendizaje expresado hacia el movimiento negro estadounidense, desde el Cono Sur se lo consideró también como parte integrante del universo entendido como el Tercer Mundo, más allá de las especificidades geográficas y programáticas complejamente puestas en juego. De esta manera, tratamos de indicar la importancia de determinados actores del período en la construcción de los horizontes políticos convergentes que orientaron la actuación de diversos sujetos colectivos e individuales a lo largo de los años 1960.

Maestros de la liberación: las izquierdas conosureñas y los orígenes del Poder Negro

Cuando Horacio Lagar publicó *La cuestión negra*, John William Cooke lamentó que sobre el tema no se supiera más que lo que informaba la prensa: que los afroamericanos venían realizando movilizaciones masivas; que se había desatado una ola de duraderos disturbios raciales que abarcaban ciudades enteras y cuyos aspectos más evidentes eran "los motines, el descontrol y la violencia".¹² Para el referente peronista, la descripción espectacular del conflicto pretendía opacar su contenido estructural y, sobre todo, su estrecha conexión con las problemáticas locales. Recuperando datos económicos acerca de las precarias condiciones de vida a las que estaba sometida una gran parte de la población negra en Estados Unidos, Cooke indicaba que los trabajadores de América Latina, que formaban parte "de la misma base infraestructural", encontrarían en la obra "la revelación de la metodología de una explotación integrada a escala mundial".¹³ Provenientes de tradiciones políticas diferentes –Lagar ya era por ese entonces un experimentado militante trotskista– ambos autores parecían coincidir respecto a la trascendencia del proceso político que, en los Estados Unidos, asumía contornos decisivos. En este sentido, esquivando las opiniones excesivamente conjeturales que encontraba a lo largo del texto, el autor de *Peronismo y Revolución* escribía en la parte final del prólogo:

La liberación es un enfrentamiento de ideas y de acciones que llega a su fase superior a partir del momento en que se cuestiona integralmente el statu quo, sus categorías económicas y filosóficas. Este libro nos explica cómo anárquicamente, desordenadamente como ocurren las cosas en la historia, los negros norteamericanos van aprendiendo. Y, de paso, enseñando. Enseñándonos.¹⁴

En varias ocasiones a lo largo de la década de 1960, intelectuales y activistas conosureños afirmaron la posibilidad, e incluso la necesidad, de aprender del activismo antirracista estadounidense. Interesados en la construcción de alternativas políticas radicales en sus propios países, encontraron en aquellos métodos e ideas una fuente recurrente de estímulos. Publicado antes de que lo que vendría a llamarse *Black Power* experimentara sus momentos culminantes, la obra de Lagar identificaba en iniciativas como el *Freedom Now* y en el pensamiento de autores como Malcolm X los elementos fundamentales para sostener su convicción de que las formas de organización engendradas por el poder negro en Estados Unidos constituían un innovador y "peculiar aporte a la experiencia mundial sobre métodos y técnicas en guerras de liberación".¹⁵

De modo general, la opresión racial en los Estados Unidos fue blanco de denuncias en publicaciones progresistas conosureñas, especialmente tras el advenimiento de los movimientos por los derechos civiles en la segunda mitad de los años 1950. Las masivas movilizaciones encabezadas por Martin Luther King y sus seguidores ampliaron el conocimiento público de la problemática, descrita en un texto de Carleton Beals publicado en el número inaugural de la revista argentina *El Escarabajo de Oro* como una brutalidad únicamente comparable a la practicada en Sudáfrica.¹⁶ Criticando duramente los limitados cambios introducidos por las leyes de los derechos civiles promulgadas en 1957 y 1960, los llamados *Civil Rights Acts*, la nota del renombrado periodista norteamericano remarcaba el carácter ascendiente del conflicto racial en su país: "los negros luchan heroicamente en todo el Sur por su derecho a asistir a las escuelas del estado, a viajar en ferrocarriles y ómnibus públicos, a comer en restaurantes como ciudadanos americanos y seres humanos que son". Sin embargo, advertía, "si estos métodos fracasan, entonces la violencia surgirá, las pistolas y la muerte quebrantarán la tranquilidad americana".¹⁷

¹⁴ John William Cooke, "Prólogo", *op. cit.*, p. 16.

¹⁵ Horacio Lagar, *La cuestión negra*, *op. cit.*, p. 85.

¹⁶ Carleton Beals, "La noche negra de los americanos negros", en *El Escarabajo de Oro*, n° 1, mayo-junio de 1961, p. 6. Editada en Argentina entre 1961 y 1974 bajo la dirección de Abelardo Castillo, *El Escarabajo de Oro* fue una importante revista cultural que buscó, desde un punto de vista latinoamericano y antiimperialista, interactuar con las principales problemáticas artísticas, políticas e intelectuales de su entorno nacional y continental. Cfr. Elisa Calabrese "Animales Fabulosos: las revistas de Abelardo Castillo", en *CeLeHis*, n° 40, 2020, pp. 36-44.

¹⁷ Carleton Beals, "La noche negra...", *op. cit.*, p. 7.

¹² John William Cooke, "Prólogo", *op. cit.*, p. 8.

¹³ *Ibidem*, p. 11.



Algunos años más tarde, los pronósticos de Beals parecieron confirmarse. El 24 de julio de 1964, mismo año de circulación en Argentina de **La cuestión negra**, el semanario uruguayo **Marcha** divulgó una larga nota, firmada por Carlos María Gutiérrez, acerca del surgimiento de nuevas camadas de militantes muy poco interesados en la sola "creación de un mundo negro con iguales derechos y posibilidades".¹⁸ Para el autor, que en 1959 había participado en la fundación de **Prensa Latina**, "los nuevos dirigentes de la insurrección negra, llegando por fuerza de los hechos a un criterio revolucionario común en otros países", tenían en sus manos una gran responsabilidad: "¿Cabrán a los negros, ese grupo humillado e inferiorizado en Estados Unidos durante casi dos siglos, enseñar a sus compatriotas las vías de la transformación social?"¹⁹ La agenda del activismo afroamericano era recuperada en tono de denuncia, pero también por su asociación a un "criterio revolucionario común" y por las experiencias que podía impartir.

En aquella ocasión, Gutiérrez revisaba, la larga trayectoria de las reivindicaciones por la igualdad racial en los Estados Unidos, señalando la relevancia de medio siglo de lucha pacífica, llevada a cabo por dirigentes negros interesados en la conquista de derechos para su "raza". Aun así, percibía en lo que consideraba una segunda ola de insurrecciones, un proceso novedoso pero natural de respuesta a una opresión persistente. Comentando los recientes conflictos estallados en barrios suburbanos de Nueva York, sugería lo que consideraba la clave para interpretar el cuadro contemporáneo del levante antirracista en el país: "la brutalidad policial de siempre produjo víctimas, pero siempre lo ha hecho —en el Sur y en el Norte— sin que las reacciones populares negras adquieran la valentía y el cariz de amotinamiento que tuvieron en el *ghetto* de Nueva York".²⁰

La pluma del escritor uruguayo buscaba dar cuenta de un proceso efectivo que modificó el panorama de los conflictos raciales en Estados Unidos a partir de mediados de los años 1960. Después de un período en que predominaron formas variadas de resistencia pacífica, que incluían desde la desafiadora utilización de espacios vedados a los afroamericanos hasta marchas reivindicativas a través del país y mecanismos cotidianos de desobediencia civil, la aparición de

organismos como el Congreso por la Igualdad Racial (CORE, en la sigla en inglés), y los motines barriales recurrentes a partir de 1964, sugerían una disposición a incrementar las modalidades de enfrentamiento al problema del racismo. Aunque no se tratara simplemente de un abandono de viejas prácticas en pro de medidas más vehementes, las estrategias no violentas de actuación perdieron fuerza progresivamente entre determinados sectores del movimiento hasta convertirse, especialmente para interlocutores interesados en alternativas revolucionarias, en un sinónimo de inmovilismo. De este escenario emergieron sujetos y organizaciones que, alentando la conformación de unidades armadas de autodefensa por parte de las poblaciones negras y periféricas, demandaban tierra, pan, vivienda, educación, vestimenta, justicia y paz.²¹

Una nota publicada en 1967 en la chilena **Punto Final** procuraba sintetizar la trayectoria de los conflictos raciales en Estados Unidos, en un momento clave de su radicalización.²² Allí, la historia de opresión en el país norteamericano, responsable de mantener una enorme cantidad de personas negras en las más críticas condiciones de vida, era descrito como generador de una carga social y política de contenido altamente inflamable. "Basta un pequeño incidente", decía el texto firmado por Mario Díaz B., "para que la situación explosiva estalle y miles de negros salgan a desafiar abiertamente el 'orden', que para ellos es el origen de su desgracia y a cuyos defensores —los policías— conocen bien".²³ A la denuncia de la brutalidad policial "que ha sido siempre parte de su vida" se venía a sumar la afirmación de que las organizaciones negras que preconizaban la no violencia perdían velozmente su prestigio en la medida en que avanzaba la creencia en la acción directa y la autoorganización.

El período en el que circularon las notas mencionadas hasta aquí coincide con el del surgimiento o fortalecimiento de alternativas políticas revolucionarias en todos los países del Cono Sur. Si desde 1959, tras el triunfo de la Revolución cubana, el horizonte revolucionario había cobrado fuerza entre sujetos individuales y colectivos actuantes en la región, durante los años siguientes se instalaron calurosos debates

18 El Semanario **Marcha** fue editado entre 1939 y 1974 en Montevideo y tuvo un enorme impacto en la vida política y cultural de Uruguay. A partir de 1967, por iniciativa de Carlos Quijano, director del semanario, se empezaron a publicar los **Cuadernos de Marcha**, dedicados al abordaje de temas políticos, históricos y culturales asociados a la perspectiva antiimperialista que definió la orientación de la publicación a lo largo de su trayectoria. Importantes intelectuales y militantes del período tuvieron espacio en las páginas de **Marcha**, cuyos manuscritos fueron reproducidos por varios vehículos de comunicación de izquierda en la región. Cfr. Luisa Peirano Basso, **Marcha de Montevideo y la formación de la conciencia latinoamericana a través de sus cuadernos**, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2001.

19 Carlos María Gutiérrez, "El despertar que el odio produjo", en **Marcha**, 24 de julio de 1964, p. 15.

20 *Ibidem*, p. 7.

21 Cfr. Sean Malloy, **Out of Oukland...**, *op. cit.*

22 **Punto Final**, editada en Chile a partir de 1965 y hasta el golpe encabezado por las Fuerzas Armadas del país en septiembre de 1973, agrupó colaboradores provenientes de diferentes sectores de la izquierda. En su agenda editorial convivieron temáticas relacionadas con las experiencias revolucionarias latinoamericanas y mundiales con críticas recurrentes a la actuación de los partidos tradicionales de izquierda. Varios de sus redactores mantuvieron distintos niveles de relación con el Movimiento Izquierda Revolucionaria (MIR). Cfr. Manuel Fernández, "Los intelectuales de izquierda y la construcción de un imaginario revolucionario para Chile y América Latina: la revista **Punto Final** entre 1965-1973", en **Tiempo Histórico**, n° 2, 2011, pp. 65-84; Danny Monsálvez Araneda y Maíra Máximo Nascimento, "El intelectual durante la Unidad Popular: un análisis a través de las revistas **Chile Hoy**, **La Quinta Rueda** y **Punto Final**", en **Cuadernos de Historia**, n° 56, junio de 2022, pp. 39-63.

23 Mario Díaz B., "La guerra racial: una lucha revolucionaria", en **Punto Final**, n° 34, agosto de 1967, p. 38.



acerca de cómo propiciarlo. En el Uruguay, una duradera crisis económica marcada por el aumento sostenido de la inflación y el deterioro de las condiciones de vida, estimuló la radicalización de los movimientos estudiantiles y sindicales e impactó en la temprana aparición, a principios de la década de 1960, del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T). Dicha agrupación fue responsable por el desarrollo de formas novedosas de intervención armada en escenarios urbanos y ocupó un espacio central en el proceso de radicalización política de determinados sectores de la izquierda regional.

A su vez, la política argentina, signada por una "ilegitimidad esencial" desde que la llamada Revolución Libertadora proscribió el peronismo a partir de 1955, fue atravesada por un golpe militar en 1966, responsable de la implementación de numerosas políticas de austeridad económica y represión política. Aunque no hayan triunfado los primeros intentos de generar un foco guerrillero en el noroeste del país a principios de la década de 1960, la oposición al gobierno tendió a incrementarse entre trabajadores y estudiantes y, especialmente tras el Cordobazo de 1969, asumió una connotación insurgente, con la aparición de diferentes organizaciones político-militares. En Chile, a pesar de la mayor estabilidad política que marcó el gobierno democristiano de Eduardo Frei (1964-1970), las expectativas alrededor de la construcción de una alternativa socialista en el país acompañaron el surgimiento de grupos que atribuían un lugar central a las acciones armadas en el curso del proceso revolucionario. Las pequeñas intervenciones encabezadas por el MIR estimularon la masificación del debate sobre tácticas y estrategias revolucionarias, sostenido en el seno de la izquierda incluso durante la experiencia de la llamada "vía chilena al socialismo" encabezada por la Unidad Popular (1970-1973).

En ese contexto, la trayectoria del activismo antirracista en los Estados Unidos, aprehendida como una escalada del pacifismo hacia la radicalización, se vio dotada de un particular poder de interpelación. A través de un proceso activo de interpretación y elaboración de similitudes, observadores conosureños buscaron extraer enseñanzas de la experiencia del movimiento *Black Power*, al paso que identificaron su aparición con el agotamiento de las formas reivindicativas no violentas ejercitadas hasta mediados de los años 1960, incapaces, según su criterio, de responder adecuadamente a la sostenida opresión racial.

Black Power, violencia política y las izquierdas en el Cono Sur

El 4 de octubre de 1968 el disparo de un rifle Remington 760 puso fin a la vida del prominente líder afroamericano de las luchas por derechos civiles, el reverendo Martin

Luther King. Tras el largo y rabioso verano de 1967, el asesinato del referente de la *Southern Christian Leadership Conference* (SCLC) atribuido a James Earl Ray, vino a atizar la conflictividad de un escenario profundamente marcado por los motines raciales desplegados en diversas localidades norteamericanas desde 1964, definidos por observadores del período como "los peores disturbios de la historia de la nación".²⁴ Importantes personalidades de la lucha antirracista local identificaron el acontecimiento como el golpe final a la estrategia de movilización no-violenta promovida por King y sus seguidores. En la misma noche del atentado, el entonces director del *Congress Of Racial Equality* (CORE), Floyd McKissick, puso esa percepción en palabras: "él era el símbolo de la no violencia, el epítome de la no violencia. La no violencia es una filosofía muerta y no fueron las personas negras quienes la mataron".²⁵

Desde Uruguay, **Marcha** no tardó en atribuir un significado similar a la muerte de Luther King. En la tapa del número publicado el 18 de abril de 1968, dos semanas después del asesinato, una foto del histórico líder del movimiento por los derechos civiles se veía acompañada de una expresiva aserción: "El engranaje no perdona".²⁶ En aquella edición, un detenido análisis, también firmado por Carlos María Gutiérrez, sugería que, ante las transformaciones experimentadas por la política y la sociedad estadounidenses en aquellos años, fuertemente impactadas por las consecuencias internas y externas de la guerra de Vietnam, las pautas y el modelo organizativo llevados adelante por el reverendo habrían caducado. La integración y el pacifismo habrían dado lugar a la revolución:

Mientras el movimiento negro significaba integración en la gran clase media norteamericana (es decir, aburguesamiento, aceptación de los ideales de la sociedad nacional, como cuando King predicaba "el sueño americano y los ideales de la civilización judeo-cristiana") los blancos podían cohonestar oficialmente la lucha de los negros. Cuando el objetivo cambia y la integración es sustituida en los programas negros por el "poder", el sistema se repliega sobre sí mismo (...) Porque a partir de 1967 la dinámica del movimiento negro es una dinámica revolucionaria; no la ubicación de los desposeídos de color en los sitios que los liberales blancos les prepararon con su legislación gradualista, sino la explosión de los esquemas.²⁷

Vehiculado la semana anterior, el duodécimo **Cuaderno de Marcha** estaba dedicado enteramente al Poder Negro. Los textos allí reunidos trataban de temas históricos,

24 William V. Shannon, "Violence and the Cities: the search for a pattern goes on" en *The New York Times*, 27 de agosto de 1967, p. 164. Sobre el tema, ver McLaughlin, Malcom, *The Long, Hot Summer of 1967: Urban Rebellion in America*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2014.

25 *New York Times*, 5 de abril de 1968, p. 26.

26 **Marcha**, 18 de abril de 1968, tapa.

27 Carlos María Gutiérrez, "La batalla de Martin Luther King", en **Marcha**, 18 de abril de 1968, p. 19. Destacado en el original.



económicos y políticos relacionados a la condición de vida de los afroamericanos en Estados Unidos e incluían, entre análisis y discursos, intervenciones de autores como Eugene Genovese, Louis Lomax, C.L.R. James, Malcolm X y el propio Martin Luther King. Sin embargo, ninguna otra voz mereció tanto espacio como la del líder del *Black Power* —sobre el cual regresaremos más adelante— Stokely Carmichael. En su intervención acerca del asesinato del dirigente del SNCC, el autor de **Poder Negro** destacaba el carácter revelador de la desaparición "del único hombre de nuestra raza que trataba de inculcar a nuestra gente que tuviera amor compasión y perdón para los hombres blancos".²⁸ Su ejecución, en ese sentido, agotaba las alternativas y significaba, en la práctica, una declaración de guerra: "Los negros saben que tienen que recurrir a las armas".²⁹

Cuestiones relacionadas a la construcción de formas "eficaces" del compromiso político, que no ignoraran los imperativos cristianos asociados al amor y la compasión atribuidos por Carmichael al ideario de Luther King, ocuparon desde un principio las páginas de la revista argentina **Cristianismo y Revolución**.³⁰ En la editorial de su primera edición publicada tras el asesinato del líder afroamericano, Juan García Elorrio enfatizaba, en ese sentido, el carácter pedagógico que asumiría el surgimiento de la violencia antirracista en los Estados Unidos. Desde su punto de vista, la radicalización de la problemática racial en el país norteamericano podía ser percibida como el resultado natural de "toda la violencia que —los Estados Unidos— sembraron en el mundo". En este sentido, haciendo referencia a íconos revolucionarios como Ernesto "Che" Guevara, Camilo Torres, Fidel Castro y Ho Chi Minh, sentenciaba que el fenómeno estaba inserto en la misma "violencia del mundo, en las explosiones estudiantiles y obreras de Europa, en la rebelión permanente de los pueblos de América Latina, África y Asia". La radicalización expresada por el activismo antirracista local no dejaba dudas: "se terminan las palabras. Es la hora de los hechos, la hora de la violencia revolucionaria de los pueblos".³¹

Los editores de **Punto Final** eligieron, para cerrar la nota en que comentaban el asesinato de King, palabras de Carmichael que iban en un sentido similar. En un tono más ríspido que el adoptado en las páginas de **Marcha**, la revista chilena

expresaba la expectativa de que el crimen cometido contra el que consideraba un dirigente "burgués" tendría "graves consecuencias" para las luchas que se avecinaban. Como resultado directo de la violencia practicada contra "un no violento", el augurio de Carmichael parecía certero: "Ahora, muchos de los que no se atrevían a tomar un fusil no sentirán ya el temor de hacerlo".³²

Algunas páginas antes, en la misma edición de **Punto Final**, publicada el 23 de abril de 1968 en Santiago, apareció por primera vez una entrevista a Miguel Enríquez, secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Observada a posteriori, la coincidencia editorial y cronológica asume un carácter revelador. En la ocasión, las preguntas realizadas por Manuel Cabieses Donoso giraron en torno a temáticas como el papel de las izquierdas tradiciones en la construcción de alternativas radicales en Chile; el impacto de la muerte del Che Guevara, en octubre de 1967, sobre el establecimiento de la lucha armada a nivel continental, y la posibilidad de desarrollo de una revolución armada en el país. Algunas de las posiciones sostenidas por el dirigente mirista durante la entrevista permiten vislumbrar el tono convergente entre los discursos defendidos en aquel momento por actores asociados al universo de las nuevas izquierdas conosureñas y representantes de las luchas por el Poder Negro como Carmichael:

Las masas comprenden que las vías legales les son cada vez más estrechas. Las huelgas se alargan más o se hacen más difíciles, se gana menos y es mayor la represión. Ha llegado a mirarse como rutina que un Paro Nacional tenga no menos de cinco o seis víctimas (...) Así, pues, también las masas se encuentran sin salida, cada vez más pobres, más explotadas y reprimidas. (...) Sostenemos, y lo estamos palpando a cada instante, que, al margen del inútil y ya fracasado juego político tradicional, se desarrolla una corriente subterránea entre obreros, campesinos e intelectuales, cuya esencia es la búsqueda de nuevos caminos que, rompiendo la institucionalidad, forjen modelos orgánicos y políticos necesarios para el inicio y desarrollo de una auténtica revolución en Chile.³³

A la denuncia de la represión y de la insuficiencia de los canales institucionales para enfrentar un cuadro social que juzgaba injusto, Enríquez oponía, en términos similares a los utilizados por los editores de **Marcha**, la existencia de una "corriente subterránea" dispuesta a transformar la situación mediante un proceso de radicalización que cuestionaba "los métodos y los objetivos de lucha tradicionales".³⁴ De esta manera, aunque sus interlocutores fueran especialmente locales, identificaba el surgimiento de su organización como

28 Stokely Carmichael, "Después de la muerte de Luther King", en **Cuaderno de Marcha**, n° 12, abril de 1968, p. 125.

29 *Ibidem*, p. 126.

30 La revista **Cristianismo y Revolución** (1966-1971) fue fundada por Juan García Elorrio y abarcó, en sus treinta números editados, una serie de reflexiones acerca de las relaciones entre marxismo, cristianismo y las luchas revolucionarias del período, especialmente en el llamado Tercer Mundo. La publicación ocupó un lugar central en la difusión del ideario asociado a la teología de la liberación y ejerció fuerte influencia entre sectores jóvenes del catolicismo. Varios de los integrantes de la organización político-militar Montoneros, atravesaron su formación política allí. Cfr. Esteban Campos, **Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros: violencia, política y religión en los 60**, Buenos Aires, EDHASA, 2016.

31 Juan García Elorrio, "Violencia por millones", en **Cristianismo y Revolución**, n° 8, julio de 1968, pp. 1-2.

32 "Violencia contra un no-violento", en **Punto Final**, n° 53, 23 de abril de 1968, p. 8.

33 "Jefe del MIR saca la cara", en **Punto Final**, n° 53, 23 de abril de 1968, pp. 3-4.

34 *Ibidem*, p. 4.

una "necesidad política de la época", cuyos ejemplos ya se podían encontrar en distintos países de la región.³⁵

El recorrido atribuido al movimiento antirracista norteamericano por sus propios protagonistas, y reverberado en términos comparables por ciertos actores de la izquierda conosureña, posibilitó la construcción de numerosos vínculos simbólicos entre sujetos actuantes en esos contextos. Informados, en muchos casos, por la percepción de agotamiento de los canales formales de participación política –identificados con la represión y el inmovilismo– consideraron, de manera análoga, el surgimiento de alternativas radicales y el empleo de la violencia política como un fenómeno reactivo a la explotación y las injusticias sociales. Esta atribución de semejanzas animó en los protagonistas de las iniciativas mencionadas una comprensión transnacional de sus objetivos. A las "enseñanzas" extraídas del proceso de radicalización del activismo negro en Estados Unidos, se sumaban ideas difundidas ampliamente acerca de la existencia de un enemigo común –el imperialismo estadounidense– elaboradas de diversas maneras a lo largo del tiempo, y asentadas en una serie de analogías que remarcaban la existencia de lazos entre las experiencias contestatarias desarrolladas en los dos hemisferios. En una palabra, más allá de los ejemplos que era capaz de ofrecer, el *Black Power* fue también percibido por actores de la izquierda conosureña como algo, al menos en un cierto sentido, propio.

América Latina, el *Black Power* y el Tercer Mundo

En agosto de 1964 Marcelo Covian enderezó una carta a la revista argentina *El Escarabajo de Oro* con un relato contundente, publicado pocos meses más tarde, acerca de la situación de la población negra en los Estados Unidos. Lo hizo desde Nueva York impactado –según lo advertía al principio del texto– por la lectura de *Los Condenados de la Tierra*, de Frantz Fanon, y por la intención de denunciar un escenario que le parecía sofocante: "el hombre negro es un nativo colonizado y explotado en un país cuya mayoría es colonizadora y blanca".³⁶ Aunque adoptara un tono pesimista respecto a la existencia de una "salida histórica a la situación del negro", se sentía satisfecho por la posibilidad de integrarse a un universo que, para los estadounidenses blancos y protestantes, continuaba ajeno:

Es mi privilegiada situación de ser latinoamericano (...) la que me abre posibilidades de real comunicación con negros, es decir, de poder llegar a ser amigo de un muchacho negro, de ser aceptado en reuniones, y en definitiva, de poder tratarnos de hombre a

hombre sin prejuicios ni inhibiciones. Por esta razón, yo he podido conocer las mortificaciones de esta gente desde un ángulo mucho más íntimo que la de cualquier ciudadano norteamericano común. Y es por esta mismísima razón que las tribulaciones, las dudas y preguntas que los mismos negros se hacen diariamente, han tomado por asalto la atmósfera en que vivo.³⁷

También era descripta como asfixiante la situación en California en una nota vehiculada en *Marcha*, en agosto del año siguiente, "sobre todo si – como la mayor parte de los negros de Watts– no se dispone de un aparato de aire acondicionado". La metáfora climática acompañaba una descripción de los conflictos raciales estallados en Estados Unidos aquel verano de 1965, y la denuncia de una desigualdad que era motivo de "intranquilidad o incluso de angustia". Subrayando las peculiaridades de las cuestiones étnicas en el país norteamericano, la nota introducía una consideración abarcadora: "aunque los sucesos de Los Ángeles son de por sí inquietantes –e indignantes las razones profundas que los provocaron– no debemos olvidar que en materia de racismo ningún país puede arrojar la primera piedra".³⁸

Si la lectura de Fanon parecía ofrecer a Covian las herramientas para interpretar las cuestiones raciales en los Estados Unidos en una clave anticolonial, la ponderación del columnista de *Marcha* sugería la intención de abordar el racismo desde un punto de vista expansivo. En ambos casos, la percepción de cercanía o de existencia de una problemática común fomentaba en los actores el interés por un escenario que no resultaba completamente ajeno. Esta asimilación de un movimiento generado en el interior de la principal potencia del capitalismo global, a partir de pautas eminentemente locales y asociadas a la discriminación racial, al horizonte de revolución social que inspiró una parcela importante de la izquierda conosureña durante la segunda mitad del siglo XX, se benefició notablemente del proyecto antiimperialista articulado alrededor de la idea de Tercer Mundo.

Trabajos como los de Jason Parker, Samantha Christiansen y Aldo Marchesi, permiten vislumbrar el proceso dinámico a través del cual diversos sujetos históricos actuantes durante la segunda mitad del siglo XX, buscaron integrar su activismo al universo tercermundista, orientados tanto por delimitaciones geopolíticas cuanto por la creencia en un determinado conjunto de ideas emancipatorias.³⁹

³⁷ *Ibidem*, p. 8.

³⁸ "¡Matemos a los blancos!", en *Marcha*, 27 de agosto de 1965, p. 12.

³⁹ Jason Parker, "An Assembly of Peoples in Struggle: How the Cold War Made Latin America Part of the Third World", en Miguel Bandeira Jerónimo y José Pedro Monteiro (eds.), *Internationalism, Imperialism and the Formation of the Contemporary World*, Londres, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 307-326. Aldo Marchesi, "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta", en *EIAL*, Vol. 17, n° 1, 2006, pp. 135-160. Samantha Christiansen

³⁵ *Ibidem*, p. 2.

³⁶ Marcelo Covian, "Carta desde el ghetto negro", en *Escarabajo de Oro*, n° 25, noviembre de 1964, p. 7.

En ese escenario, el proyecto de enfrentamiento global al imperialismo, movilizado fuertemente por iniciativas diplomáticas, intelectuales y culturales llevadas a cabo por el gobierno revolucionario cubano, jugó un papel determinante en la generación de una perspectiva de intervención compartida inclusive entre las izquierdas latinoamericanas y el Poder Negro estadounidense.⁴⁰ La participación de Stokely Carmichael, uno de los más destacados voceros del movimiento, en la conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), realizada en Cuba en agosto de 1967, aparece como una de las imágenes más elocuentes de esa relación.⁴¹

En una intervención inaugurada con el reconocimiento de las luchas comunes contra "la sociedad blanca occidental", el autor de **Poder Negro** esgrimió, en aquella ocasión, una posición que sugería que los destinos del antirracismo en Estados Unidos estaban entrelazados a los del Tercer Mundo.⁴² En este sentido, teniendo a Cuba como un "brillante ejemplo de esperanza", expresaba su intención de que el *black power* no se limitara a las fronteras de su país, imaginando, en su lugar, la construcción de un "verdadero Estados Unidos de América" que se extendiera "desde la Tierra del Fuego hasta el Alaska".⁴³

Sus palabras encontraron una notable resonancia en publicaciones periódicas conosureñas que, además de reproducir el contenido de sus variadas intervenciones, expresaron un punto de vista similar sobre la existencia de un mismo antagonista y la importancia de articulación entre el movimiento negro norteamericano y los enfrentamientos desarrollados en distintas regiones del planeta. Así, por ejemplo, lo definían los editores del **Cuaderno de Marcha** publicado poco después de la conferencia de la OLAS y dedicado enteramente al Poder Negro: "en tierras distantes, los negros de Estados Unidos y los pueblos del Tercer Mundo, luchan por lo mismo y combaten contra el mismo adversario. (...) Golpear adentro y golpear afuera es la consigna común".⁴⁴

Si en un sentido estratégico, el *black power* aparecía como un movimiento decisivo por su capacidad de desafiar el imperialismo "en su propia casa", la radicalidad y el sentido convergente planteado por los principales representantes del movimiento fortalecían, al mismo tiempo, el sentido

de aproximación entre experiencias vividas localmente y el activismo antirracista norteamericano. Este punto de vista, que se construía más allá de lo estrictamente racial, habilitaba la identificación mutua y la aspiración a una intervención articulada. Éste era precisamente uno de los ejes de un texto de Julius Lester publicado en septiembre de 1968 en **Cristianismo y Revolución**:

El poder negro no es un fenómeno aislado. Es sólo otra manifestación de lo que está transpirando América Latina, Asia y África. En estos tres continentes hay pueblos enteros reclamando su derecho a vivir, y los negros de América están reclamando el suyo. (...) Ellos son pueblos coloniales fuera de los Estados Unidos; los negros son un pueblo colonial adentro. Por lo tanto, nuestro enemigo es común. A medida que el movimiento del Poder Negro se vuelve políticamente más consciente la coalición espiritual que existe entre los negros de América con el Tercer Mundo va haciéndose más evidente. Ahora esta colación espiritual es flamante.⁴⁵

El texto de Lester, cedido a la revista por el *Liberation News Service*, fue publicado en compañía de una nota editorial que enfatizaba: "los negros, los vietnamitas, los dominicanos, los cubanos, y todos los que no somos el Poder Blanco del Imperialismo, sabemos que la historia avanza a favor nuestro".⁴⁶ Esas "conexiones aspiracionales" orientaron y se vieron nutridas por la generación de diferentes espacios de intercambio, que incluyeron el tránsito de sujetos individuales y colectivos a través de una geografía común. Por esta razón, la prohibición por parte del gobierno chileno de que Carmichael ingresara al país para participar en el congreso del Partido Socialista realizado en Chillán en 1967, fue denunciada en **Punto Final** como el reconocimiento de su carácter contrarrevolucionario: "Carmichael representa todo lo que no es el régimen que gobierna nuestro país. (...) Los negros de Estados Unidos son los obreros y campesinos explotados de aquí. La Casa Blanca persigue y asesina a los negros. La Moneda persigue a los trabajadores".⁴⁷ En términos muy similares, al abordar la asociación de un conjunto de "clérigos de color" a las ideas radicales del *Black Power*, los editores de **Cristianismo y Revolución** subrayaban también que sus aspiraciones excedían el tema racial y eran aplicables a cualquier sociedad en crisis: "bastaría en general con cambiar la palabra "negro" por "cabecita negra".⁴⁸

No debe omitirse la fecundidad de esas analogías. Leídas en asociación con aquellas producidas por los propios activistas estadounidenses, ofrecen un indicio poderoso del modo

y Zachary Scarlett, **The Third World in the global 1960s**, Oxford, Berghahn Books, 2013.

40 Sobre las complejas relaciones establecidas entre el movimiento negro norteamericano y el gobierno cubano, ver: Anne Garland Mahler, **From the Tricontinental to the Global South: race, radicalism and transnational solidarity**, Durham, Duke University Press, 2018.

41 Valeria Carbone, "Estados Unidos, el Black Power y el Tercer Mundo: un análisis de las implicaciones de la visita de Stokely Carmichael a Cuba, en agosto de 1967", en **Universidad de La Habana**, n° 284, 2017, pp. 51-67.

42 "Lucharemos ahora fieramente hasta vencer o caer en el intento", en **Bohemia**, 11 de agosto de 1967, p. 29.

43 *Ibidem*, p. 30.

44 **Cuaderno de Marcha**, n° 12, abril de 1968, pp. 3-4.

45 Julius Lester, "Poder Negro", en **Cristianismo y Revolución**, n° 9, septiembre de 1968, p. 45.

46 *Ibidem*, p. 48.

47 "Carmichael, bienvenido a Chile", en **Punto Final**, n° 43, 5 de diciembre de 1967, p. 23.

48 "Poder Negro" [Editorial], en **Cristianismo y Revolución**, n° 4, marzo de 1967, p. 22.



como el horizonte tercermundista cobró existencia entre militantes del período. Como vimos anteriormente, la idea de que los negros estadounidenses estaban sometidos a una realidad opresiva análoga a la experimentada por trabajadores y campesinos en países como Chile y Argentina no era excepcional en publicaciones vinculadas a la izquierda conosureña. Esta perspectiva estimuló variadas formas de aprehensión del universo intelectual conformado alrededor del activismo negro, en un gesto alternado entre el reconocimiento de peculiaridades y la búsqueda de un sentido común. Tal vez por eso, cuando entrevistaron a Miguel Littin acerca de su montaje de **América Blanca**, pieza teatral de Martín Duberman, los editores de **Punto Final** hayan querido saber si la obra tendría vigencia en Chile a pesar de la inexistencia del "problema racial" en el país.⁴⁹ La respuesta del artista revela aspectos interesantes de la manera en la cual, para determinados actores del período, fue posible establecer una interlocución entre la "cuestión negra" estadounidense y otras formas de opresión experimentadas en sus contextos domésticos:

Si bien en Chile no existe discriminación racial, existe discriminación social. Ahora bien, la obra no es tan sólo eso. "América Blanca" es una incitación a la lucha de los pueblos oprimidos por su liberación. La relación es clara: allí donde exista injusticia social, dependencia económica, miseria; allí donde existe una sociedad de clases; allí donde existe represión policial; en fin, en una sociedad capitalista, "América Blanca" es un arma.⁵⁰

Que no existiera racismo en Chile podría ser, seguramente, materia de discusión. En la misma **Punto Final** apareció, pocos meses más tarde, un texto de Hernán Uribe donde la temática se presentaba de una manera diversa: "a lo largo y a lo ancho del continente hay un solo país, Cuba, en el que la segregación ha sido abolida. Y esto da también la medida de cómo y cuándo este problema tendrá solución".⁵¹ En todo caso, el razonamiento elaborado en estas dos intervenciones conducía a una apropiación ejemplar de la experiencia revolucionaria cubana e insertaba la discriminación racial en el conjunto de las injusticias sociales sostenidas o fomentadas por el capitalismo a nivel mundial.

Es posible leer esta forma de aprehensión como un borramiento de las particularidades de la opresión racial en el amplio horizonte del antiimperialismo por parte de actores que, como sugiere la afirmación de Littin, no se mostraban habituados a enfrentar el problema como tal. Por otro lado, como vimos a lo largo del texto, este esparcimiento convivió en la mayoría de los casos con un acompañamiento detenido

y reiteradas denuncias de la problemática racial en Estados Unidos, incluso por medio de la recomposición histórica de dicha desigualdad a través de obras de arte como la dirigida por el artista chileno. De esta manera, el reconocimiento de las especificidades de la agenda antirracista norteamericana coexistió, para determinados actores del período –incluso, como vimos, algunos protagonistas del *Black Power*– con el esfuerzo de conexión de experiencias vivenciadas en contextos diversos y con el objetivo de expandir el alcance de sus reivindicaciones y denuncias. En este proceso, la interpretación de realidades distantes bajo signos conocidos, habilitó un proceso de reconocimiento y atribución de similitudes que estuvo en la base de la mundialización de la rebeldía durante los llamados largos años 1960.

Conclusión

En este trabajo, al analizar las interpretaciones producidas por intelectuales y movimientos de izquierda desde el Cono Sur sobre el activismo antirracista norteamericano, procuramos visibilizar un aspecto específico del fenómeno: el impacto de las ideas antiimperialistas en la construcción de conexiones simbólicas entre grupos e individuos alrededor del planeta durante la década de 1960.

El enfrentamiento al imperialismo en términos de un gran enemigo común, dio lugar –y estuvo motivado– por la absorción de una serie de experiencias desarrolladas en geografías variadas, pero percibidas como parte de un mismo proceso histórico. En este sentido, subrayamos que durante un período identificado con el surgimiento de proyectos revolucionarios en el Cono Sur, las demandas orientadas alrededor del *Black Power* fueron aprehendidas por diversos actores regionales como objeto de análisis y reflexión. A través de la intervención de variados actores políticos e intelectuales, el movimiento negro estadounidense se constituyó, para la izquierda conosureña, en integrante de una lucha internacional contra el capitalismo y como un sujeto histórico del que era posible extraer enseñanzas y aprendizajes.

En este sentido, demostramos cómo las expectativas movilizadas en la construcción de visiones sobre el Poder Negro desde el Cono Sur nos permiten vislumbrar características importantes del imaginario y las ideas políticas que informaron el surgimiento de alternativas radicales en el período. Lejos de la adscripción estrictamente identitaria, los actores del período encontraron en el proyecto tercermundista una herramienta para conectar sus aspiraciones, y fortalecer sus posibilidades de enfrentamiento al orden, "más allá de la epidermis".

49 "América Blanca en el Teatro", en **Punto Final**, n° 46, 16 de enero de 1968, p. 34.

50 *Ibidem*.

51 Hernán Uribe, "La discriminación racial en Chile", en **Punto Final**, n° 53, 23 de abril de 1968, p. 31.



Referencias bibliográficas

- Campos, Esteban, **Cristianismo y Revolución. El origen de Montoneros: violencia, política y religión en los 60**, Buenos Aires, EDHASA, 2016.
- Carbone, Valeria, "Estados Unidos, el Black Power y el Tercer Mundo: un análisis de las implicaciones de la visita de Stokely Carmichael a Cuba, en agosto de 1967", en **Universidad de La Habana**, n° 284, 2017, pp. 51-67.
- Carmichael, Stokely, **Poder Negro**, México, Siglo XXI, 1967.
- Chaplin, Tamara; Mooney, Jadwiga E. Pieper (eds), **The Global 1960 's: convention, contest and counterculture**, Londres, Routledge, 2018.
- Christiansen, Samantha; Scarlett, Zachary, **The Third World in the global 1960s**, Oxford, Berghahn Books, 2013.
- Dip, Nicolás (coord.), "La nueva izquierda en la historia reciente de América Latina: un diálogo entre Eric Zolov, Rafael Rojas, Elisa Servín, María Cristina Tortti y Aldo Marchesi", en **Espectra**, Vol. 2, n° 4, julio-diciembre de 2020, pp. 290-323.
- Fernández, Manuel, "Los intelectuales de izquierda y la construcción de un imaginario revolucionario para Chile y América Latina: la revista **Punto Final** entre 1965-1973", en **Tiempo Histórico**, n° 2, 2011, pp. 65-84.
- Garland Mahler, Anne, **From the Tricontinental to the Global South: Race, Radicalism and Transnational Solidarity**, Durham, Duke University Press, 2018.
- Harmer, Tanya; Álvarez, Alberto Martín, **Toward a Global History of Latin America 's Revolutionary Left**, Gainesville, University of Florida Press, 2021.
- Joseph, Peniel E. (ed.), **The Black Power Movement: Rethinking the Civil Rights-Black Power Era**, Nueva York, Routledge, 2006.
- Lagar, Horacio, **La cuestión negra: introducción al estudio del problema racial en Estados Unidos**, Montevideo, Estrategia, 1964.
- Maasri, Zeina, Bergin, Cathy; Burke, Francesca (eds.), **Transnational solidarity: Anticolonialism in the global sixties**, Manchester, University of Manchester, 2022.
- Malloy, Sean L., **Out of Oakland: Black Panther Party Internationalism during the Cold War**, Ithaca, Cornell University Press, 2017.
- Marchesi, Aldo, "Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a fines de los sesenta", en **EIAL**, Vol. 17, n° 1, 2006, pp. 135-160.
- McLaughlin, Malcom, **The Long, Hot Summer of 1967: Urban Rebellion in America**, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2014.
- Monsálvez Araneda, Danny; Máximo Nascimento, Maíra, "El intelectual durante la Unidad Popular: un análisis a través de las revistas **Chile Hoy**, **La Quinta Rueda** y **Punto Final**", en **Cuadernos de Historia**, n° 56, junio de 2022, pp. 39-63.
- Musaa, Ronald, "Love for the people", en **The Black Panther**, Vol. 5, n° 14, 3 de octubre de 1970, p. 11.
- Parker, Jason, "An Assembly of Peoples in Struggle: How the Cold War Made Latin America Part of the Third World", en Bandeira Jerónimo, Miguel; Monteiro, José Pedro (eds.), **Internationalism, Imperialism and the Formation of the Contemporary World**, Londres, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 307-326.
- Peirano Basso, Luisa, **Marcha de Montevideo y la formación de la conciencia latinoamericana a través de sus cuadernos**, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2001.
- Slate, Nico (ed.), **Black Power beyond borders: the global dimensions of the Black Power Movement**, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2012.

Resumen

En este trabajo examinamos la forma bajo la cual el activismo antirracista estadounidense fue abordado durante la década de 1960 por diferentes actores individuales y colectivos asociados al universo de las izquierdas en el Cono Sur. Para ello, analizaremos una serie de publicaciones periódicas que, desde diferentes horizontes artísticos, políticos e intelectuales, buscaron acercarse al fenómeno del llamado Black Power. Nuestro objetivo es poner de relieve algunos aspectos relacionados con la construcción de conexiones simbólicas y materiales entre sujetos políticos actuantes en diferentes regiones del planeta, a través de la difusión del ideario antiimperialista que orientó su actuación en el período de la Guerra Fría. En este sentido, sostenemos que, a pesar de las diferencias coyunturales y programáticas que enmarcaron su activismo, individuos involucrados en diversos proyectos político-culturales desde el Cono Sur encontraron en la trayectoria política e intelectual del antirracismo estadounidense, una fuente de "enseñanzas" y un objeto de reflexiones acerca de la construcción de alternativas políticas radicales en sus propios contextos domésticos.

Palabras clave: Black Power; izquierdas; Cono Sur; antiimperialismo; años 1960

Beyond the Skin: American Black Power in the Anti-Imperialist Horizon of Southern Cone Leftists

Abstract:

In this paper, we examine how various individual and collective actors associated with leftist movements in the Southern Cone approached American antiracist activism during the 1960s. In order to do so, we will consider a series of periodicals that sought to engage with the phenomenon of Black Power from different artistic, political, and intellectual perspectives. Our goal is to highlight aspects related to the construction of symbolic and material connections between political actors in different regions of the world through the dissemination of the anti-imperialist ideology that led their actions during the Cold War period. In this sense, we argue that despite the situational and programmatic differences framing their activism, individuals involved in various political-cultural projects from the Southern Cone found in the political and intellectual trajectory of American antiracism a source of "lessons" and a subject for reflections on building radical political alternatives in their own local contexts.

Keywords: Black Power; Leftist movements; Southern Cone; anti-imperialism; 1960s.

[Artículo evaluado por pares.

Recibido: 13/10/2024

Aceptado: 20/12/2024].